

Digital Commons
@ LMU and LLS

Loyola Marymount University and Loyola Law School
Digital Commons at Loyola Marymount
University and Loyola Law School

English Faculty Works

English

2003

Sed de honradez: Richard Rodriguez, la virtud moral y los valores literarios de las chicanas y los chicanos

Juan Mah y Busch

Loyola Marymount University, juan.mahybusch@lmu.edu

Follow this and additional works at: https://digitalcommons.lmu.edu/engl_fac

 Part of the [English Language and Literature Commons](#)

Recommended Citation

"Sed de honradez: Richard Rodriguez, la virtud moral y los valores literarios de las chicanas y los chicanos." Ed., María Herrera-Sobek. *Rompiendo fronteras: literature y cultura chicanas*. Nerter 5-6: Primavera Verano, 2003. 24-31.

This Article is brought to you for free and open access by the English at Digital Commons @ Loyola Marymount University and Loyola Law School. It has been accepted for inclusion in English Faculty Works by an authorized administrator of Digital Commons@Loyola Marymount University and Loyola Law School. For more information, please contact digitalcommons@lmu.edu.

SED DE HONRADEZ: RICHARD RODRÍGUEZ, LA VIRTUD MORAL Y LOS VALORES LITERARIOS DE LAS CHICANAS Y LOS CHICANOS.

Juan D. Mah y Busch

Tanto en las notas de prensa como en los elogios de la crítica, a *Hunger of Memory* [*Sed de recuerdo*] de Richard Rodríguez se la califica muy a menudo como dolorosamente honrada. Este comentario tiende a defender la obra de Rodríguez, excusando así tácitamente las profundas debilidades conceptuales de *Hungery* sus contradicciones narrativas con el equivalente teórico de la benevolencia moral: no deberíamos criticar a Rodríguez tan duramente porque, después de todo, está siendo honrado. De acuerdo con esta pirueta axiomática moral, que presupone un distanciamiento de lo político, la integridad moral de una narración se equipara a la crítica de índole política.

Siguiendo este razonamiento común, el término “honradez” conduce a que la melancolía de Rodríguez represente la vulnerabilidad de su candor en vez de sugerir, por ejemplo, que el dolor del personaje pueda revelar subsecuentes discriminaciones sociales, o que ese dolor manifieste decisiones personales poco afortunadas del personaje con respecto a su identidad político-cultural. Incluso aunque el precepto de la benevolencia moral provea un espacio para una crítica narrativa benigna, al identificar las virtudes autoriales de Rodríguez, la crítica apunta con mucha más fuerza a sus críticos. En el caso de Richard Rodríguez, este “crítico” suele ser una investigadora o un investigador de literatura chicana. Por tanto, con esta noción de honradez, y dada esta premisa política explícita de la crítica chicana/chicano, el criticar a Rodríguez implica una falta de integridad en la política narrativa de ambos bandos. En este ensayo defendiendo que *Hunger of Memory* saca partido del capital emocional de una inteligencia narrativa honrada para fabricar justificaciones políticas y morales. Es más, propongo que la crítica literaria de chicanas y chicanos, que tiende a lo político, no abandona lo ético. La crítica de chicanas y chicanos contiene implícitamente un mayor entendimiento crítico del concepto de “honradez.”

La crítica conservadora monopoliza la moral al emplear una concepción de la ética radicalmente constreñida. En respuesta a tales maquinaciones morales, no obstante, y para evitar imperativos categóricos universales, los críticos que se ocupan de las teorías de la liberación tienen la tentación de abandonar la teoría moral, aceptando efectivamente la teoría de la virtud universalista como el mejor acercamiento a la ética. Dentro de este contexto teórico, el enfatizar en lo político conlleva el riesgo de pasar de largo por una serie de teorías éticas, desde la “alienación” aristotélico-hegeliana de Marx hasta la marxista “subjetividad como práctica de libertad” de Foucault. Debemos, pues, resaltar las valencias éticas de conceptos culturales tales como los de los metafísicos de Ollín o los de las políticas culturales de la chicanidad. En este sentido defendiendo que existe una distinción encubierta, y abiertamente aceptada, entre lo moral y lo político, que amenaza con excluir la crítica moral de significancia política. Es decir, al utilizar un vocabulario moral podemos realzar cómo la narrativa de chicanas y chicanos se aparta de la “virtud” moral para acceder a los “valores” éticos, ofreciendo implícitamente una ética narrativa que media entre lo moral y lo político.

Tras este cuestionamiento apropiado de una moralidad que sea cómplice con el poder discursivo, una reconfiguración de la noción de “honradez,” apartada de la virtud y dirigida a los

valores, requiere una breve explicación de mi uso de la teoría ética. Siguiendo una larga controversia suscitada en la filosofía moral, distingo ética de moralidad. La “moralidad,” al menos desde Kant, consiste en una serie de reglas y obligaciones que regulan las relaciones sociales. Distingue lo que es correcto y lo que no lo es. Por comparación, la ética se relaciona con la moralidad pero también se inclina hacia el *ethos*. La “ética” se refiere a los patrones y principios que estructuran y alientan la existencia de una persona o de una cultura. Mientras la moralidad tiende hacia la prescripción normativa, la ética se soporta en la descripción de unos esquemas de valores. Por ejemplo, la “ética de trabajo” de una persona, aunque implique un patrón de conducta, no es necesariamente moral, aunque la polémica de la explotación de los trabajadores lleve implícita la de la (in)moralidad social. Lo ético, aunque sea un sistema de valores, no implica necesariamente una significación moral asocial. En oposición al sentido de la virtud de una estabilidad universalista, los valores se desarrollan, transforman y cambian.

Henry Staten¹ comprueba un uso del concepto de “honradez” que cuestiona implícitamente la ética de las políticas de chicanas y chicanos. Siguiendo a Staten, ambos investigadores literarios descalifican el concepto de “clase” al considerarlo como “autenticidad étnica.” Siguiendo explícitamente una crítica de clases, Staten concluye describiendo un objetivo secundario, pero más revelador:

Hunger of Memory es una denegación por la cual Rodríguez reconoce con detalles íntimos su relación esencial con este nombre [el de chicano] que no lo nombra a él. Desde su [el de Staten] punto de vista, tal reconocimiento es todo lo que se puede legítimamente pedir de él [de Rodríguez]. (114)

Staten define los límites de lo que puede decirse de *Hunger*. Una defensa como la de que “Rodríguez es virtuoso” aplaza la crítica; implica al crítico. En nombre de las complejidades de clase y una superimposición de la identidad étnica, Rodríguez escribe más allá de la crítica porque, después de todo, lo único que hace es ser honrado. ¡Ojalá una Rigoberta Menchú pudiera beneficiarse de tal generosidad de lectura!² Si defendemos que únicamente podemos esperar de Rodríguez una denegación de la identidad chicana, cualquier otra crítica se convierte en una llamada a la autenticidad étnica y en una exigencia repugnante de lealtades raciales.

La crítica de clases que Staten hace de Norma Alarcón, Ramón Saldívar y Rosaura Sánchez debería impactar a cualquier lector familiarizado con la crítica literaria de chicanas y chicanos. No sólo opone cuestiones de clase a los feminismos, no sólo postula la ausencia de clase en un espacio que está cimentado en las luchas del trabajo, y no sólo critica el rol de clase en un terreno que emerge de la historia intelectual marxista de los estudios culturales, sino que además Staten enclava su crítica social contra los críticos chicanos y las chicanas a partir de la obra de un erudito chicano, Rudy Acuña —un historiador crucial para el campo preciso que Staten critica, el de los estudios de chicanas y chicanos.³ Posiblemente más polémica sea la acusación que hace Staten sobre la “autenticidad.” A pesar de estas profundas ligerezas y simplificaciones de los estudios chicanos, las observaciones de clase que hace Staten en relación con la autobiografía de Rodríguez son sustanciales y a veces perspicaces. Rodríguez confunde constantemente clase con etnicidad. Su confusión es particularmente significativa, según Staten, cuando la migración geopolítica de su familia se compara con el movimiento hacia una clase inferior. La familia del autor, ahora de clase trabajadora, intenta mantener su imaginaria de clase media, especialmente cuando se encara con el racismo de los Estados Unidos. Clase y raza se interseccionan al mismo tiempo que se interrelacionan. Staten

continúa diciendo que la narrativa de clase (y clasificada) de *Hunger of Memory* habla mucho de la confusión de la voz narrativa. Staten, sin embargo, imbrica aún más esta confusión de voz autorial con la crítica autoconsciente e irónica de los estudios chicanos que hace Rodríguez.

Con el fin de ofrecer un contexto donde la búsqueda de honradez de Rodríguez conduzca a una lectura benévola, Staten define la identidad chicana de una manera que incide en la cultura, disminuyendo a un tiempo las políticas étnicas y su compleja historia intelectual y social. Así, vacía la identidad chicana de contenido político, igualándola con la etiqueta étnica de “méxicoamericano,” y diluyendo la actual distinción entre ambas designaciones. Reduce después la identidad chicana a la experiencia de la inmigración, contraponiéndola a la angloamericana y alineándola con la de la mexicanidad, ignorando con ello la historia de desatenciones culturales y políticas mexicanas con respecto a los méxicoamericanos. Esta redescrición histórica permite que Staten simplifique la intersección entre clase y raza, haciéndola equivaler con la de la clase de una familia emigrante en México y la del estatus racial de esa familia en los Estados Unidos. La movilidad de clases corre paralela con la migración internacional. Cada uno de los gestos teóricos revisionistas de Staten reduce la crítica literaria chicana a un asunto de política étnica. Filosóficamente, en la constelación conceptual de Staten, la autobiografía de Rodríguez, y cualquier repuesta a ésta, pertenece a una de estas dos categorías epistemológicas: a la objetividad o al partidismo. Para Staten, imbuido en esta dicotomía epistemológica, la honradez no puede ser partidista políticamente. Ha de ser, por consiguiente, objetiva.

A través de esta discusión de clase, Staten identifica lo que considero como una asunción filosófica común para atacar la crítica de chicanas y chicanos: así como la noción convencional de la moral compite con la de política, Staten arguye que la honradez se opone supuestamente a las lealtades raciales de la autenticidad. Staten establece una oposición binaria cuando pregunta: “¿es *Hunger of Memory* una autorrevelación, dolorosamente honesta y que debemos respetar, o un alarde autojustificativo y desvergonzado que debe ser condenado por los críticos de su obra? (112).” Esta cuestión, especialmente si se hace con la conjunción “o,” se inclina a responderse con una contestación compatible con las afirmaciones de Rodríguez, sobre todo las referentes a lo “privado” y lo “público,” tan controvertidas a menudo. ¿Por qué no puede Staten imaginarse una honradez que se sirve a sí misma, o un favoritismo ingenuo? Para Staten, la honradez no es nunca moralmente incorrecta, ni siquiera si hiere a la gente, algo que subyace en la pureza moral de los categóricos kantianos.⁴ De acuerdo con el uso que hace Staten, la honradez no es nunca selectiva; no escogería expresar experiencias privadas en una narración concreta ni tampoco silenciaría otras —como sucede en la innominada narración de la sexualidad de Rodríguez— que pudieran ser más dolorosas, más honradas y, de hecho, más objetivas.⁵

Cuando Staten proclama que Rodríguez no hace más que ser honrado, inadvertidamente aboga por que a Rodríguez se le lea como alguien objetivo, cándido, y sincero, sin tener en cuenta si las afirmaciones de Rodríguez son correctas o no. Por eso Staten describe a Rodríguez como “un testigo fidedigno,” volviendo a otro error filosófico en nombre de la integridad moral: Staten confunde el acceso epistémico privilegiado con el privilegio de la autoridad epistemológica. Rodríguez es un “testigo fidedigno” por el hecho de que reconoce su propio dolor. Puesto que Rodríguez verdaderamente tiene acceso privilegiado a sus propias sensaciones, este reconocimiento puede provenir de una ingenuidad real, pero no es necesariamente una verdad creíble. Staten da credibilidad a la ingenuidad implícitamente subsiguiente al aunar sinceridad con objetividad. Al

contrario, al oponer objetividad a partidismo, “la autenticidad étnica,” de acuerdo con Staten, se convierte en “partidismo racial.”

En el contexto de los estudios culturales, la “autenticidad” se ha convertido en un signo de esencialismo, exigiendo lealtad a una comunidad racial, o pidiendo adherencias a tipos raciales preconcebidos. Tales argumentos en contra de la autenticidad étnica, opuestos a las peticiones de lealtad racial, se han vuelto gestos comunes frente a lo que ha venido a denominarse como políticas de identidad. Que Staten sitúe a Alarcón, Saldívar y Sánchez dentro del terreno de la autenticidad étnica, manifiesta el grado extremo en el que tal consideración depende de la ausencia de un mayor historial de este término. Esta argumentación es teóricamente débil por una serie de razones, sin mencionar la esperpéntica noción de identidad que se describe como política.⁶ Al mismo tiempo que reconozco este reciente dilema histórico, el concepto de “autenticidad” trae consigo además un significado más amplio. La noción convencional de honradez y verdad que hace Staten depende de la exactitud con la que un personaje represente su interioridad o su realidad social. Así, el autor desarticula las críticas hacia Rodríguez al formular críticas epistemológicas de un realismo directo. Una noción crítica de la honradez, concepto implícito en la crítica de chicanas y chicanos, se refiere a la integridad narrativa y no a la certeza epistemológica, ni a la pureza moral.

Junto con la prominencia reciente de las teorías sobre la subjetividad, y en conjunción con las teorías de la integridad, la “autenticidad” se refiere a la honestidad de alguien consigo mismo.⁷ O sea, la “verdad” no es una representación exacta de la interioridad o de una realidad social. Tiene que ver con la sinceridad narrativa, una relación donde lo que la voz narrativa diga se corresponda con lo que su narración describa. La autenticidad personal y la supuesta sinceridad de la voz narrativa implican una relativa coherencia narrativa entre lo que diga Rodríguez y lo que describa su narrativa, aunando por tanto la ingenuidad y la credibilidad dentro de una noción redefinida de la honradez. Un personaje no sólo debería expresar un sentimiento, como el del dolor, sino que cuando consideramos que alguien es honrado es porque esperamos también que esa persona sea relativamente crítica con respecto a su propia opinión. Es decir, como apunta Annette Baier en “Why Honesty Is a Hard Virtue,” la honradez lleva consigo la integridad. Confiamos en la persona honrada no sólo porque creemos que lo es sinceramente, sino también porque consideramos que es escrupulosa y directa. La sinceridad por sí misma no asegura la integridad. Rodríguez debe ser relativamente creíble.

En contraposición con las conclusiones del ensayo de Staten, este sentido de la honradez llamémoslo más profundo, más hermenéutico, requiere de facto un análisis literario crítico. Volvamos, pues, a la literatura y describamos una forma donde la teoría moral de la honradez como valor ético haga una lectura de *Hunger* que pueda relacionarse con la crítica literaria de chicanas y chicanos —con su “integridad” plena. A través de su autobiografía, Rodríguez ablanda los significantes con fines políticamente estratégicos, permitiendo que las justificaciones razonables de las palabras conduzcan a justificar otros significantes secundarios y completamente diferentes. Por ejemplo, Rodríguez utiliza el término “miedo” equiparando en cierto modo el miedo al racismo con los temores racistas.

A través de *Hunger*, Rodríguez cuestiona como problema su piel oscura. Hay una escena dramática en la que Richard, joven, intenta rasurarse su “color de piel” (para luego proclamar, por sorpresa, que el racismo no le afectó directamente). Más tarde, inicia el ensayo llamado “Complejión” con la descripción del miedo de su madre al racismo de los Estados Unidos para con su hijo.

Cuando yo era un niño, el solajero del verano de Sacramento me oscurecía tanto que mi camiseta parecía descolorida en relación con mis brazos finos y negros. Mi madre, al verme entrar por la puerta, esperaba escuchar el portazo a mi espalda. “Pareces un negrito,” me decía enfadada, disgustada por estar enfadada, riendo casi de frustración, y avergonzada a un tiempo. “Ni te imaginas lo importante que son las apariencias en este país.” (113)

En el párrafo siguiente, después de una descripción breve y algo romántica sobre la ética del trabajo de los braceros, Rodríguez vuelve a tratar el asunto de los miedos raciales. Esta vez, sin embargo, vemos al joven Richard en el coche de su familia mirando a los braceros por la ventanilla. Puesto que Rodríguez superpone clase y raza, justamente en este momento de la narración cuando el joven Richard está mirando desde el coche esos cuerpos oscuros de los trabajadores, su perspectiva de clase media se corresponde con la del punto de vista de un angloamericano:

Me gustaría sentarme en el asiento trasero del Chevy del 48 de mi familia, y verlos cómo trabajan por las colinas y valles: figuras oscuras sobre un horizonte monótono, cargando camiones por entre las hileras verdes. Rotundos, pero indefensos. Su piel oscura y fascinante, como la mía, da miedo.

“Al final vas a parecerte a uno de ellos.” (114)

Una pregunta obvia sería la de que cómo alguien tan honrado no pone atención en la tensión sexual del fragmento? Pero permítanme centrarme en la significativa política racial del personaje. Rodríguez admite que el temor de su madre al racismo tiene parte de razón; no obstante, él mismo posteriormente utiliza una evidencia social implícita para justificar los miedos racistas que son producto de la ignorancia. En abstracto, sin sujeto o verbo –sin el contexto real de la narrativa social– Rodríguez relaciona de hecho los conceptos de raza y miedo con ambigüedad.

En el campo de la crítica literaria, las estrategias narrativas de Richard Rodríguez hacen que *Hunger of Memoirs* se pueda encajar entre el análisis estrictamente “literario” y la crítica más políticamente autoconsciente de chicanas y chicanos. Tanto si se reconoce como si no, las escuelas críticas literarias se inclinan por una política determinada, incluso aunque ésta sea cómplice de una aparente pasividad. Al colocar políticamente su postura narrativa entre lo reaccionario y lo radical, Rodríguez no sólo parece políticamente moderado, como le gusta que le describan, sino que además utiliza ese entramado narrativo para parecer cada vez más honrado: como supuestamente se le critica desde ambos bandos (raciales), lo único que puede ganar con sus dolorosas revelaciones es su propia integridad. De acuerdo con este punto de vista, y debido a la ausencia aparente de subjetividad cultural y racial, el lector de Rodríguez tiende a aceptar aparentemente que las afirmaciones de *Hunger* son verdaderamente honradas.⁸ Rodríguez utiliza la honradez (léasela como vulnerabilidad) para ganar la confianza del lector, una cualidad significativa en la autobiografía, y para desarmar a la crítica, una cualidad crucial para conseguir la persuasión política.

Al estimar la nueva noción de honradez que he descrito anteriormente, una narración más sincera quizás desharía dicha confusión narrativa irracional. No la enfatizaría. Una nueva noción de honradez desharía las oposiciones binarias fallidas de la honradez como una virtud,⁹ dando pie a la crítica en vez de desarticularla. Más que describir la honradez como una virtud moral, dándole así una valía *a priori*, mucha crítica literaria chicana parece sugerir que el valor de la honradez proviene de las narraciones personales, culturales y políticas, a través de las cuales se consigue la significación ética.

Las virtudes de la veracidad, como en el caso de la mentira, presuponen una representación directa, la imposibilidad del conocimiento objetivo y el imperativo categórico de la teoría moral kantiana. Cada una de ellas ha sido ya objeto de análisis. Pero la aseveración de honradez de Rodríguez trata de circunvalar la política de estas teorías morales. La moralidad antipolítica de la honradez como virtud se postula como una sinceridad apolítica. Dicha “honradez” con falta de sentido crítico se revela a sí misma como una política pasiva agresiva o, en pocas palabras, como deshonesto. Como contraste y volviendo a la virtud, podríamos describir la política vociferante de la crítica literaria chicana en términos de valor—después de todo, no están siendo sino honradas. Analizando la narrativa con lupa, considero que la crítica chicana debería utilizar, y no abandonar, un vocabulario moral. Con este vocabulario podríamos hablar de la novela de Rodríguez no como una postura crítica contra la crítica literaria chicana, sino como un texto que demuestra el poder aclaratorio de la crítica y sus perspicacias sociopolíticas.

[Trad. J. I. Oliva]

Notas

1 “Ethnic Authenticity, Class, and Autobiography: The Case of *Hunger of Memory*.” Este ensayo aparece en la revista *PMLA*, en un número especial dedicado a la etnicidad. Sin ser este ensayo el lugar apropiado, es ciertamente interesante hacer ver cuán infrecuente es la publicación en la revista *PMLA* de una monografía que trate sobre la literatura de chicanas y chicanos desde un texto y una trayectoria teórica como estos.

2 Me refiero a la controversia suscitada por la aserción de un antropólogo de que el testimonio de Menchú, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, es una premisa falsa. A causa de la centralidad del texto de Menchú en el ámbito de la llamada guerra de las culturas, la prensa de los Estados Unidos se involucró en el asunto. Para un resumen del contexto social e intelectual, respuestas críticas y contrarrespuestas a la falsedad de esa premisa, cf. la antología de Arturo Arias, *The Rigoberta Menchu Controversy*.

3 La revista *PMLA* es importante, no tanto porque es la revista literaria de más amplia difusión que ha publicado un artículo sobre Rodríguez, para así llenar un espacio de literatura chicana, sino porque la mayoría de los lectores de esta revista, que cubre un amplio campo literario, no está nada familiarizada con los estudios chicanos. Esta condición permite que Staten separe a críticos literarios chicanos, como Alarcón, Saldívar, y Sánchez, de eruditos como Acuña, que se incluyeran en un área presumiblemente más general, denominada estudios chicanos.

4 Véase Inmanuel Kant, *Grounding for the Metaphysics of Morals: On a Supposed Right to Lie Because of Philanthropic Concerns*.

5 En contraste con las oposiciones de “partidismo” y “objetividad” de Staten, que aducen que la objetividad es la ausencia de perspectiva, yo utilizo el término “objetivo” a la luz de los puntos de vista epistemológicos feministas. Para mayor comprensión de las teorías feministas, cf. Sandra Harding, *Whose Science? Whose Knowledge?*, o Linda Alcoff & Elizabeth Potter, *Feminist Epistemologies*.

6 En su artículo, "The Epistemic Status of Cultural Identity: On *Beloved* and the Postcolonial Condition," Satya Mohanty responde a una reacción peyorativa sobre la identidad. Aunque difiero de alguna de sus alternativas, encuentro útil su descripción del debate dentro del marco de la teoría de la identidad.

7 Cf., para dos estudios sobre la "autenticidad" en relación con la filosofía moderna, *Sincerity and Authenticity*, de Lionel Trilling, y *The Ethics of Authenticity*, de Charles Taylor.

8 No deberíamos olvidar, por supuesto, que el éxito profesional de Rodríguez traiciona además la noción de que no existe subjetividad cultural en sus afirmaciones políticas.

9 Entiendo como "fallida" una debilidad teórica o lógica, no cultural ni social. La creencia popular de que incluso las narraciones más lógicamente sospechosas pueden ser significativas políticamente.



Obras citadas

- Alarcón, Norma. "Topology of Hunger: The 'Miseducation' of Richard Rodríguez." *The Ethnic Canon: Histories, Institutions, and Interventions*. Ed. David Palumbo-Liu. Minneapolis: U of Minnesota P, 1995.
- Alcoff, Linda, & Elizabeth Potter, eds. *Feminist Epistemologies*. New York: Routledge, 1993.
- Arias, Arturo, ed. *The Rigoberta Menchu Controversy*. Minneapolis: U of Minnesota P, 2001.
- Baier, Annette. "Why Honesty Is a Hard Virtue." *Identity, Character, and Morality*. Ed. Owen Flanagan & Amelie Oksenberg Rorty. Cambridge, MA: MIT, 1997.
- Foucault, Michel. "The Ethics of the Concern for Self as a Practice of Freedom." *Ethics: Subjectivity and Truth*. Ed. Paul Rabinow. New York: The New, 1994.
- Harding, Sandra. *Whose Science? Whose Knowledge? Thinking from Women's Lives*. Ithaca, NY: Cornell UP, 1991.
- Kant, Immanuel. *Grounding for the Metaphysics of Morals: On a Supposed Right to Lie Because of Philanthropic Concerns*. Trad. James W. Ellington. Indianapolis: Hackett, 1981.
- Mohanty, Satya P. "The Epistemic Status of Cultural Identity: On *Beloved* and the Postcolonial Condition." *Cultural Critique* (Spring 1993): 41-80.
- Rodríguez, Richard. *Hunger for Memory: The Education of Richard Rodríguez*. Massachusetts: Bantam, 1982.
- Saldívar, Ramon. *Chicano Narrative: The Dialectics of Difference*. Madison: U of Wisconsin P, 1990.
- Sánchez, Rosaura. "Calculated Musings: Richard Rodríguez's Metaphysics of Difference." *The Ethnic Canon: Histories, Institutions, and Interventions*. Ed. David Palumbo-Liu. Minneapolis: U of Minnesota P, 1995.
- Staten, Henry. "Ethnic Authenticity, Class, and Autobiography: The Case of *Hunger for Memory*." *PMLA* 113.1 (January 1998): 103-16.
- Taylor, Charles. *The Ethics of Authenticity*. Cambridge, MA: Harvard UP, 1991.
- Trilling, Lionel. *Sincerity and Authenticity*. Cambridge, MA: Harvard UP, 1971.



Guisela Latorre. *Spring*. 1992